

2005

Claudia Caisso. *Fiel de lides*. Alción Editora, 2004.

Silvia Goldman

Citas recomendadas

Goldman, Silvia (Primavera-Otoño 2005) "Claudia Caisso. *Fiel de lides*. Alción Editora, 2004.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 34.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/34>

Claudia Caisso. *Fiel de lides*. Alción Editora, 2004.

Fieles a sus lides, los poemas que componen este libro ensayan una mirada retrospectiva a partir de la cual los ojos de la niñez se mezclan con las palabras del adulto y donde la voz poética, al volver a la experiencia sentimental de la infancia, dialoga y recupera las voces que rodeaban a la niña. De este modo, las palabras se transforman en proyecciones fragmentarias del pasado, en sinédoques de la memoria. Suponen la ruptura de un largo silencio y la verbalización de aquello que aún no está dicho por el olvido.

La poesía de Claudia Caisso, poeta argentina, profesora en Rosario, va hacia las cosas, hacia una vasija blanca, elongándose apenas” (10), hacia la mesa “donde se ama / sin igualdad” (11), hacia “un puente entre los cortes del hacha” (25), “hacia los perfiles / del recuerdo que espera su remate justo” (26) y deja que el verso se pierda para afirmarse o para, al menos, aferrarse a los “vuelcos del nombre” (19).

Su voz se figura como la realización de un desdoblamiento que nos instala en una poética del diálogo: “Sí, / que se le ha de amar, / por la falta / de equidad, / por las ‘cicatrices / aferrándose ciegas a la penuria de su forma’...” (11). Se trata de una voz que se va de sí a partir de las palabras y vuelve a sí una vez que cada palabra ha encontrado su lugar en la frase y ha asumido una cadencia precisa en esa suerte de aliteración de una memoria que está por ser: “entre abejas y alebrijes, / la aljaba nos ha devuelto la magia gozosa, / el peso sideral de alguna verdad... (19)”.

Sus poesías codifican un especial razonamiento de la ternura y de la exigencia de amor y, bajo la semántica del oxímoron, se transforman en “concretas abstracciones”, zonas donde el detalle linda con el pensamiento, donde el “azul” persiste como nostalgia y color de la infancia (634), y donde la imaginación “literal” de la niña se superpone con la ansiedad metafórica de la adulta.

La lectura nos adentra en un escenario barroco denso de claroscuros donde: “Unas criaturas en la noche / sueñan su vuelo a contraluz: / a contraluz sueñan / el tendón oscuro del alma, / la opaca inquietud: (15)”, y donde los relojes de Dalí ensayan puntualmente la contemplación de la tristeza “¿o traman la violencia lejana y serena / donde la virtud y el mal / unen el insomnio al desencanto / en un único duelo, / el más tímido, / y variado del alba?” (15). El tono barroco del poemario se expresa también en el manejo elíptico de la puntuación, pues nada lo es más que condensar la emoción, el clímax del

poema en los versos que no están. Asistimos, a su vez, a una suerte de movimiento pendular que va de los pronunciamientos “in absentia” a las contorsiones barrocas: “Conjeturas enlazadas al vuelo / que concede soportar el horror; / encrespadas en el ejercicio vano, / de los vuelcos del nombre” (19). Pues esta voz poética, fluida y elástica, no puede sino también ella confesar su tedio ante la incapacidad abarcadora del lenguaje. El discurso poético de Caisso se nos figura como la elaboración consciente de su propia paradoja; supone la expresión de una doble imposibilidad: la de trascender el lenguaje y la de prescindir de él. De la superación de esta antítesis es que surge su poética: la de la palabra no dada. La palabra se dobla, adelgaza, retrae, desaparece y vuelve a aparecer con un ritmo preciso que transforma el susurro en intimidad: “ay, / la constancia abisal de tu costado, / el perfil abierto de las manos / que era lo más solo y absolutamente bello / que quedaba para mí” (10). Surge una voz familiar que busca el “sitio de la conversación” “entre las pausas de la atención extrema” (49) y que asume la “dicción bondadosa de algunos rostros amados” (49) a quienes piensa “con asombro”, “en el yacimiento estricto de los nombres” (49) y por los que vuelve a pasar en el discurso, espacio dialogado donde se reconstruye el pasado y donde la memoria, “fiel de lides”, debatiéndose en argumentos reconoce su miedo al equívoco y se instala en el nuevo espacio / tiempo del poema: “Vuelve sobre mí en esta luz, / que es cifra sombría de otro mediodía / con sus blasfemias hinchidas y estrictas, / con el resentimiento vivo entre los perros [...] con el que la pobreza leuda el duelo de la noche común (21).” La voz poética “presentiza” las imágenes de la infancia y las congela para recuperar sus digresiones, los detalles: “Ahora miro tus surcos sucios, / Juana, el delantal pleno del rechazo / con su diezmo procaz de harina, / con el rebozo del abismo intuido / más allá de las faenas... (23)”. Se percibe cierto distanciamiento, cierto gesto indolente del yo presente que puja por salir del dolor. Dolor que persiste bajo la forma de un recuerdo: “Viandas como vendas, / las más hondas de mi herida” (26). Recuerdo que concilia la inmediatez descriptiva con su respectiva abstracción y cautiva al lector con su capacidad de ruptura y extrañamiento: “Un puente entre los cortes del hacha, / los rieles del taco que pulen leña en otra fila, / eco si hilo donde ha de crecer en redoble seco, / cierto abandono secreto de la minoridad... (25).” Poesía que es reflexión poética. Infancia que es motivo de despiadada ternura donde el “puñalito cruel” (51) y “la pelusita de sombra leve” expresan las reminiscencias de un “doble reino / tendido ante la crueldad de la ausencia” (41). Poética de la palabra no dada, de la palabra que se “deshace” y se interroga a sí misma para dar con la cadencia que logre el “vuelco” exacto de su intimidad.